

## ELOGIO HISTÓRICO

DEL SERENÍSIMO SEÑOR

### DON JOSÉ MOÑINO, CONDE DE FLORIDABLANCA,

PRESIDENTE DE LA SUPREMA JUNTA CENTRAL GUBERNATIVA DE LOS REINOS DE ESPAÑA É INDIAS.

POR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON.

Entre cuantos hombres ilustres han producido los últimos siglos, habrá muy pocos cuyas alabanzas póstumas sean tan conformes á la voz general como las del inmortal ministro, objeto del presente elogio y de las lágrimas de la nación. Las convulsiones políticas, tan rápidas como inesperadas, que han renovado la faz de la península; el ascendiente de la opinion pública sobre los intereses particulares, y más que todo, el amor de la patria, sentimiento poco há desconocido, y que ya brota de todos los pechos españoles, cierran el camino á los panegiristas aduladores ó venales. Solamente la verdad puede elogiar al mérito; y si por tantos años ha sido delito hablar con sinceridad de los hombres y de los negocios, ya, gracias á nuestra portentosa revolucion, puede elevarse la voz libre de un ciudadano sobre los últimos suspiros de la extinguida tiranía. Sí, españoles; un ciudadano es el que se propone describir las virtudes del ilustre FLORIDABLANCA; protesta que no tendrán parte en su elogio ni el espíritu servil de adulacion, ni la gratitud, ni la esperanza; sabe que las acciones de su héroe son conocidas de toda la nación, que admiró su ministerio, lloró su desgracia, y pidió casi á voces que se pusiese al frente del actual gobierno; y confía que cada parte de su elogio resonará profundamente en los corazones patrióticos. ¡Feliz FLORIDABLANCA, á quien la Providencia concedió, en próspera y adversa fortuna, la posesion constante del amor y confianza nacional, y que en el descanso de la tumba goza de un nombre inmortalizado por los sufragios universales de sus conueudadanos.

Murcia, su patria (1), tiene la gloria de haberle

(1) En ella nació, de una familia ilustre, originaria de Aragon. Sus antepasados obtuvieron empleos honoríficos, tanto en la carrera militar como en la civil, siendo algunos de ellos ricos homes ó grandes del reino. Su undécimo abuelo, don Benito Pérez Moñino, obtuvo, en 1397, de la chancillería de Valladolid, su ejecutoria de hidalguía en contradictorio juicio.

dado la educacion literaria. Concluidos sus estudios, pasó á Madrid, donde ejerció muchos años la noble y laboriosa profesion de abogado; y de tal modo brillaron en ella sus luces, su elocuencia y su probidad, que esta primera reputacion, adquirida á fuerza de mérito, puede considerarse como el origen de su gloriosa carrera. En efecto, los genios sublimes, destinados por el cielo para grandes cosas, no pueden ocultarse ni aún en la oscuridad de los negocios privados. Sus escritos, sus alegatos, sus defensas llevaron aquel sello de originalidad grandiosa, que imprimió despues á sus operaciones públicas. Su elocuencia era más penetrante que viva, se inclinaba más á la insinuacion que á la vehemencia, y este carácter distintivo de sus producciones, fieles imágenes del alma, fué el que constantemente conservó en toda su conducta política.

El mérito, pues, que contrajo en los penosos trabajos de la abogacia, y la superioridad de su genio, universalmente reconocida, le proporcionaron la entrada en la carrera de los honores, adquiriéndole el nombramiento de fiscal en el supremo Consejo de Castilla. Éste fué siempre el favor especial con que distinguió la fortuna á FLORIDABLANCA; jamas obtuvo puesto alguno, jamas recibió dignidades ni honores, sin que mucho ántes la voz pública le hubiese aclamado por merecedor de poseerlos.

En su nuevo destino vió dilatarse la esfera de sus ocupaciones; pero éstas aún no bastaron á la extraordinaria actividad de su genio. Fijar el sentido de las leyes, mantener la balanza justa entre la autoridad del Monarca y las reclamaciones de los pueblos, distinguir los derechos de los diferentes poderes que componen la complicada máquina de la monarquía, examinar y dirigir los negocios más importantes de la administracion interior, y en fin, conservar el depósito sagrado de la constitucion española, son las arduas y penosas obligaciones de un fiscal del Supremo Consejo. A todas

atendió Moñino con tanta exactitud y felicidad, que atrayéndose la benevolencia y el aprecio de Carlos III, se adquirió al mismo tiempo el afecto de la nación y la amistad de aquellos mismos á quienes justamente gravaba en sus consultas. Él concluyó el expediente delicado y ruidoso de un ministro del santuario (1), que se atrevió á llamar persecucion contra la Iglesia la justa defensa de los derechos de la soberanía. Él intervino en la correccion y reimpression del famoso *Juicio imparcial* contra las pretensiones de la córte de Roma sobre los estados de Parma, moderando la vehemente elocuencia de su autor (2), y conciliando sólida y templadamente los intereses de la religion con los del trono. Él fué á quien el Monarca, el Consejo y la nación ocurrían en todos los expedientes difíciles que se despacharon en su tiempo; él quien moderaba la fogosa actividad del sabio Campománes con las gracias insinuantes de su estilo; él, en fin, quien, asociado con el mismo Campománes para la grande obra de regenerar la magistratura nacional, cooperó á todas las empresas del inclito Carlos III, y contribuyó á crear todos los ramos de prosperidad pública, y á restituir al senado de la nación su antigua dignidad. Entónces fué cuando la España, vergonzosa por hallarse atrasada en dos siglos á los demas pueblos de Europa, vió por la vez primera el establecimiento de una vigorosa policia, tanto en la capital como en las provincias; entónces empezó á rayar la aurora del buen gusto en las artes y ciencias; entónces se emprendieron las grandes obras públicas que inmortalizarán la memoria de aquel ilustrado soberano; entónces, en fin, el genio nacional, por tantos años aletargado en la más estúpida indolencia, se movió, activo y vigoroso, hácia todas las artes de la felicidad general. Tal es el carácter que Moñino supo imprimir á la nación desde el principio de su carrera; y si, á pesar del largo y doloroso despotismo que sucedió á su ministerio, conservamos algun resto de la antigua energía, algun amor á las ciencias, algunos conocimientos útiles, vestigios son de aquel grande impulso que Carlos III y sus ilustres cooperadores dieron á la España.

Tantos y tan señalados servicios daban esperanza de otros mayores. El Monarca y el pueblo opinaban de un mismo modo acerca de Moñino. La voz pública, adelantando el premio debido á su

(1) El Obispo de Cuenca, ardiente defensor del monitorio contra los derechos de la córte de Parma.

(2) El gran Conde de Campománes, el español más ilustre, por sus virtudes y sus luces, del siglo XVIII. Todas las reformas anteriores al ministerio de FLORIDABLANCA son debidas á su ardiente celo por el bien público, y las ideas económicas y liberales, que produjeron tanto bien á la monarquía bajo aquel célebre ministerio, son debidas también á sus sabios escritos y á la actividad prodigiosa con que persiguió todos los abusos. Desde que Moñino entró en el Consejo, se unió á él en ideas y designios, y cuando llegó á ser ministro, siempre le miró como el oráculo que debía consultarse en todo género de negocios.

mérito, le entregaba ya en anuncio el gobernalle del Estado, y el nombramiento de ministro de la córte de España en Roma fué mirado como un paso para el ministerio. Esta capital del mundo, donde tantos y tan varios intereses se han agitado, donde la religion ha asentado su trono sobre las ruinas del imperio más vasto, ¡cuán grandes ideas, cuán sublimes recuerdos excita con solo su nombre! La mayor prueba de la reputacion que se ha granjeado un hombre público, y de la confianza que merece á su soberano, es encargarle su representacion y la de su pueblo en aquel centro del orbe político, en aquella brillante escena, donde se han controvertido los negocios más arduos del universo. La complicacion de los intereses civiles con los religiosos, la funesta lucha que por tanto tiempo ha sostenido el sacerdocio contra el imperio, y la facilidad de atribuir á celo por la religion las condescendencias con la córte romana, hacen necesario en el ministro extranjero que resida en ella un gran conocimiento de la historia de entrambos derechos, una atencion exacta y delicada, para no alterar ni en más ni en ménos la medida del santuario, y sobre todo, una extraordinaria fuerza de carácter para sostener los intereses legítimos de su nación, y arrostrar en su justa defensa los temidos rayos del Vaticano. Todas estas prendas reunia en sí nuestro héroe, y todas eran necesarias en aquel tiempo, cuando á la dificultad general de una legacion en la córte de Roma se añadía la delicadeza de los negocios particulares que nuestro ministerio ventilaba entónces con el sumo Pontífice.

Entre éstos, el más arduo y el que hará célebre para siempre su embajada, fué la extincion de la Compañía de Jesus. A la verdad, no tuvo parte como autor en aquel gran negocio. Cuando empezó á brillar sobre la escena política habian ya sido expelidos los jesuitas de Francia, Portugal y España, y su destino estaba irrevocablemente decretado. Sea, pues, lícito al panegirista de FLORIDABLANCA abstenerse de decidir sobre aquella memorable operacion, en la cual su héroe no tuvo más parte que la de un negociador hábil. Las córtes que habian expelido á los jesuitas clamaban por su entera extincion, y ésta fué la comision de Moñino en la córte de Roma; comision difícil, tanto por el respetable partido que las virtudes y talentos, y la desgracia misma, le habian adquirido á la Compañía, como por la repugnancia de la curia romana á la destruccion del apoyo más fuerte que ha tenido su autoridad en los últimos siglos. Pero la firmeza suave de Moñino triunfó de todos los obstáculos. Asociado al célebre cardenal de Bernis, y poseyendo el afecto é íntima confianza de Clemente XIV, concluyó felizmente un negocio en que las dificultades parecían insuperables y el éxito imposible.

Llegó, en fin, la época deseada, en que sus luces, su actividad y su genio, aplaudidos ya en Italia y

en toda Europa, colmasen las esperanzas de la patria. Fué necesario satisfacer á la nacion, indignada por el infeliz éxito de la expedicion de Argel. El Duque de Grimaldi pidió su retiro, y MOÑINO, condecorado ya con el título de conde de Floridablanca, volvió de Roma á dirigir el gobierno de la monarquía.

La nacion española, que durante los siglos bárbaros habia sabido arrojar de su territorio á los sarracenos, contener los progresos del feudalismo y templar el poder de sus monarcas, se halló, en la época del renacimiento de las luces, privada desgraciadamente de su libertad. La guerra de las comunidades afirmó el despotismo sobre el trono español; y Carlos V y Felipe II inspiraron á la nacion aquel espíritu de servidumbre que durante dos siglos ha constituido nuestro carácter político. Estos monarcas hábiles dirigieron los restos, aún no extinguidos, de la energía nacional hácia las conquistas exteriores, y la España, temida en ambos mundos, gemia esclava, envilecida, sobre las riberas del Manzanares.

Pero aquel poder, aquella gloria facticia no podia ser de larga duracion. Las mismas victorias contribuian á debilitarnos. Ni los prodigios de valor, que immortalizarán para siempre el carácter militar de los españoles, ni las riquezas de la América, de que la península era entonces el único depósito, ni el maquiavelismo de nuestros ministros pudieron evitar la funesta influencia del sistema económico que nos desustanciaba, del sistema político que nos oprimia, de la servidumbre supersticiosa en que yacian todos los órdenes del Estado, y de la corrupcion de costumbres, fruto ordinario de las conquistas y de la opulencia. Desde Felipe III hasta Carlos II descendió rápidamente la monarquía del grado más alto de esplendor á la ignominia más vergonzosa; de modo que á la muerte de aquel débil monarca, no creyeron los más célebres políticos sostener de otra manera la independencia nacional, que uniendo á los intereses de la España los de su eterna enemiga la Francia, y buscando en su auxilio nuestra salud.

La guerra de sucesion restituyó á la España parte de su antigua energía. Toda la Europa, conjurada contra Luis XIV, cuya ambicion era necesario encadenar; la invasion de las provincias marítimas; la ocupacion de nuestra capital, donde dos veces fué proclamado en vano el rival de Felipe V; las rápidas derrotas que sufrieron los franceses en Flándes y Alemania, y que abatieron el ánimo del monarca francés; nuestras pérdidas en América y en Italia; en fin, cuantos males trae consigo una guerra larga, sangrienta y general, no fueron capaces de aterrar la constancia española. Habian jurado no reconocer á otro rey que á Felipe V, y sostuvieron su determinacion á pesar de toda la Europa. En un momento nacieron del suelo espa-

ñol talentos militares y políticos, y ¡ah! nuestra restauracion se hubiera obrado entónces, si la dependencia servil de nuestro gabinete con respecto al de Versalles no hubiera cerrado todo camino al restablecimiento de la antigua gloria. El genio de Alberoni fué oprimido por la política rastrera y envidiosa de la regencia de Francia, y la España quedó reducida á ser un mero apéndice de aquella monarquía. Ella nos arrastró á sus guerras y á sus pérdidas; fuimos sacrificados en Italia al engrandecimiento de la casa de Borbon; fuimos sacrificados en el Nuevo Mundo á la superioridad de la marina británica. Los españoles, sometidos al pacto de familia, ó vencian sin gloria ó eran vencidos con deshonor donde quiera que lo exigia ó el interés ó el capricho de los franceses.

Los vicios de la administracion interior contribuian en gran manera á disminuir nuestra consideracion política en Europa. Cuando ya las ciencias y artes habian llegado en las naciones cultas á un altísimo grado de perfeccion, eran casi desconocidos sus primeros principios entre nosotros. En vano fuimos los primeros en vencer las tinieblas de la barbarie; la vara del despotismo nos volvió á sumergir en la oscuridad. Habia, á la verdad, algunos sabios, que, venciendo obstáculos de todo género, hicieron respetable el genio español en el mundo culto; pero la masa general de los literatos, educada entre el polvo escolástico, era incapaz de adoptar sus conocimientos y de sufrir la superioridad de sus luces. En las bellas artes duraba, á mediados del XVIII, la corrupcion del buen gusto, que habia empezado á fines del XVI. Los conocimientos políticos, tan comunes entónces en toda Europa, eran absolutamente ignorados en nuestra península.

De aquí las profundas raíces que todo género de tiranía habia echado en España. De aquí la decadencia sucesiva de la agricultura y comercio. De aquí la conservacion del monstruoso sistema de rentas que por tantos años ha desolado la monarquía. De aquí, en fin, la nulidad de todos los poderes intermediarios entre el pueblo y el trono. Carlos III formó el arduo proyecto de disminuir tantos y tan funestos males; y si las enfermedades de las naciones, así como las del cuerpo humano, no pueden curarse sino con el tiempo y la paciencia, debemos confesar que el sistema prudente de mejoras sucesivas, adoptado por aquel monarca, fué el más acomodado para nuestra restauracion, y que ningun otro hubiera producido tan felices efectos.

Cuando FLORIDABLANCA fué colocado al frente de la administracion, casi todo restaba por hacer. La nacion, es verdad, estaba ménos sometida á la influencia monacal despues de la extincion de los jesuitas (1); en los estudios, gracias á los desvelos

(1) El partido contrario á los jesuitas creyó haber ganado mucho en la extincion de aquella sábia compañía. Se engañó. Las

de Campománes, empezaba á reinar el buen gusto, precursor siempre de los progresos filosóficos; y el Consejo de Castilla, único cuerpo intermedio en aquella época entre el Monarca y la nacion, habia recobrado parte de su antigua influencia. Empero aún faltaba que remediar grandes abusos en la administracion de las rentas y en los ramos más esenciales á la riqueza pública; aún faltaba recobrar el grado de potencia de primer orden, que habiamos perdido por nuestra ciega adhesion al pacto de familia; faltaba, en fin, vengar la ignominia que las armas españolas habian padecido en la desgraciada guerra de siete años. Éstas fueron las grandes, las arduas empresas á que aspiró FLORIDABLANCA, y las que consiguó gloriosamente.

La mejora del plan nacional de estudios fué el primer cuidado de este sabio ministro. A su voz empezó á desterrarse la envejecida barbarie de las universidades del reino, y á introducirse en el estudio de las ciencias el método y lenguaje que les es propio. Las academias, los cuerpos científicos, los establecimientos literarios, que ántes presentaban un aspecto cadavérico, recibieron, bajo su proteccion, movimiento y vida. El Museo de Madrid, obra suya, destinada para la reunion de una grande academia de ciencias, probará á la posteridad la ilustracion de FLORIDABLANCA y su celo por los progresos de las luces. Pero entre todas las instituciones sábias, ninguna le mereció más afecto y proteccion que las sociedades patrióticas. Estos cuerpos, tan despreciados, tan nulos durante la larga tiranía de Godoy, fueron entónces los más protegidos. Los talentos artísticos y económicos, que estas sociedades han formado, los debe la nacion al aprecio público que les adquirió FLORIDABLANCA. Al mismo tiempo se multiplicaron en la península los estudios matemáticos, que poco ántes eran casi desconocidos. Aquella también fué la época en que el genio poético de la nacion empezó á salir de su aletargamiento, y la lira de Anacreonte y la de Horacio volvió á resonar desde las playas del mar Cantábrico hasta las riberas del Estrecho. La lengua castellana, atormentada sucesivamente por los cultistas, los gerundios y los traductores, volvió á ser el depósito de la belleza y el órgano de la filosofía.

En calidad de primer magistrado, no podia olvidar FLORIDABLANCA la reforma de nuestra legislacion. No me cansaré yo en probar á mis conciudadanos la necesidad de esta reforma. Ningun hombre verdaderamente ilustrado existe en la nacion, que no la conozca; ningun escritor célebre posee la España, que no la haya una y mil veces demostrado. Y ¿quién mejor que FLORIDABLANCA la conocia? ¿Quién mejor que él habia experimentado, ya en los trabajos de la abogacia, ya en las funciones de

disputas escolásticas son como las antiguas luchas de los gladiadores, cuyo interés cesaba desde el momento que uno de los combatientes caía en la arena.

fiscal, la incoherencia de los diferentes cuerpos de que constan nuestras leyes, y la necesidad de uniformarlos? Pero esta empresa era tan vasta y difícil como necesaria, y además, exigia ella sola toda la vida de un grande hombre. Por eso la confió al sabio más capaz de ejecutarla, al ilustre Campománes, gloria de la magistratura española, y cuya actividad por el bien público igualaba sus profundos conocimientos. Y si FLORIDABLANCA limitó su solicitud paternal por la España á la legislacion civil, sin extenderla á la política, fué porque conocia la necesidad de hacer sábia la nacion ántes de hacerla libre, y que la libertad, bien como los manjares delicados, no debe darse sino á los estómagos robustos. En el estado que encontró la monarquía, no debió hacer más que reformarla parcialmente, y se abstuvo de alterar la constitucion entónces recibida, temiendo sabiamente el peligro de las innovaciones (1). Así, su principio político fué afirmar y vigorizar la autoridad real, dirigiéndola al mismo tiempo á la prosperidad pública.

En nada se conoció más su constante adhesion á este principio, que en sus desvelos por la prosperidad de la agricultura y el comercio. Los mejores planes, las mejores leyes son inútiles á estos dos ramos de la felicidad pública, si están obstruidas las comunicaciones para el transporte de sus productos. Convencido de esta verdad, mientras las sociedades económicas y los sabios de la nacion meditaban nuevas mejoras para la agricultura, nuevos aumentos para la industria, él consagró gran parte de su ministerio á la formacion de caminos y canales, que abriesen la comunicacion interior de las provincias, y á transacciones con las potencias extranjeras, que multiplicasen los puntos del comercio exterior. Los hermosos caminos de Francia, Portugal, Andalucía y Valencia, que unen con el centro los cuatro extremos de la península; el canal de Aragon y otras obras importantes, hechas bajo su ministerio, manifiestan la gran falta de comunicaciones que padecia España para su comercio interior, y la ilustrada vigilancia del Ministro, que destruyó el mayor obstáculo para los progresos de la industria y de la agricultura. ¡Qué manantial de riquezas abrió en ellos á su nacion! ¡Cuántas bendiciones derramó y derramará la España sobre su bienhechor! Y ¡qué ejemplo tan ilustre dejó á la imitacion de sus sucesores!

Y ¿quién podrá calcular la extension é importancia que dió á nuestro comercio exterior? Él humilló la altivez de los piratas berberiscos, y aseguró nuestra navegacion en el Mediterráneo. Él creó las relaciones políticas de España con Turquía, cerrada hasta entónces á nuestros buques. Él unió

(1) Este peligro no existe ya, gracias á nuestra revolucion. La nacion ha sido instruida por el infortunio; el Gobierno le ha prometido la libertad política y civil, y los días de nuestra gloria y felicidad están ya muy cercanos.

por un tratado ventajoso de comercio las heladas playas de la Prusia con las hervientes olas del mar Ibero. Él, por gloriosos tratados de paz, aumentó la extensión de nuestras costas en el Paraguay, nos restituyó las dos Floridas, hizo independiente nuestra navegación en el golfo de Méjico, y destruyó en sus riberas orientales los establecimientos extranjeros, que arruinaban el comercio de la metrópoli. Él, en fin, dió actividad á nuestra navegación en ambos mundos, haciendo respetable á las demás naciones, señaladamente á las marítimas, el nombre y pabellón de los españoles.

Esta es la parte más interesante de su ministerio. En ella brilló, no sólo como un sabio administrador de la monarquía, sino también como el terror y el pacificador de la Europa, como el vengador y el restaurador de su patria, que la volvió á la clase de potencia de primer orden, tanto tiempo perdida, y ¡ay! por tan pocos años conservada.

La primer ocasión en que las naciones extranjeras conocieron su firmeza y vigor, fué en las desavenencias de nuestra corte con la de Portugal sobre la demarcación de límites en el Paragnay. La prontitud con que se prepararon y dirigieron las fuerzas destinadas á aquel punto, manifestó á la Europa admirada cuánta era la actividad del ministro español, y las ventajas que adquirimos en el tratado de límites, que terminó aquella corta guerra, probaron su talento en el arte de las negociaciones.

La misma actividad mostró en la guerra contra los piratas berberiscos, orgullosos por nuestras últimas desgracias. Aquellas cavernas de bandidos marítimos se estremecieron ante el genio de FLORIDABLANCA; y una gloriosa paz, producida por el terror de nuestras armas, asegurando la navegación, libró las costas de España de aquella peste importuna y desoladora. ¡Cuántos años ha sufrido nuestra patria sus continuas y siempre temidas invasiones! ¡Cuántas lágrimas han vertido las madres y esposas, huérfanas por el cautiverio de sus más caras prendas! ¡Cuánto oprobio han sufrido las que, robadas sobre la costa y vendidas en países bárbaros, han visto amenazado su honor, su vida, su religión! Y ¡cuánta ignominia ha sido para el nombre español, aun en los días de su mayor gloria, la existencia de tan infames guaridas de piratas! FLORIDABLANCA borró la antigua afrenta y consoló la humanidad afligida, mostrando, no sólo el carácter sublime de un gran ministro, que liberta su patria del más vergonzoso tributo, sino también los dulces sentimientos de una alma tierna, que enjuga las lágrimas de sus semejantes. Por él pueden ya las madres amorosas, las esposas sensibles, mirar la partida de los hijos y consortes, sin más recelos que los del inconstante mar. Por él pueden impunemente ser cultivadas las amenas playas de la Iberia. Por él podemos gozar en tranquilos paseos ó en bullicioso

júbilo las delicias de sus vergeles. Por él el activo comerciante y el industrioso pescador pueden recorrer los golfos del Mediterráneo, sin ver ante sus ojos la horrible perspectiva de las cadenas y mazmorras. ¡Ah! Aun cuando sólo le debiéramos este beneficio, bastaba para que su nombre fuera colmado de bendiciones sempiternas.

Pero estos acontecimientos, poco importantes en el mundo político, aunque del mayor interés para nuestro comercio, sólo fueron preludio de las grandes operaciones que ilustraron su ministerio. Una nueva y brillante escena, digna de su genio, estaba abierta entonces en la guerra de Francia y de las colonias inglesas de América contra la Gran Bretaña.

Es preciso que lo confesemos. Fuimos arrebatados á aquella guerra por las sugerencias del gabinete francés y en virtud del pacto de familia, sin ningún motivo de utilidad directa para la nación. Mas si la empezamos en calidad de potencia subordinada y como impelidos por una fuerza superior, la concluimos como árbitros del mundo, merced al ardor infatigable de nuestro ministro. Bien conocía él los males que podían amenazar en lo sucesivo á nuestras colonias por la independencia de los Estados Unidos; bien veía la conformidad de caracteres y costumbres entre españoles é ingleses, que siempre nos hará odiosa cualquier desavenencia con aquella nación; no ignoraba que la España podía perder mucho entrando en una lid, donde, según las apariencias, nada iba á ganar. Pero nuestras relaciones diplomáticas, que no era fácil destruir en aquel momento, lo impelieron á la guerra á pesar suyo, y la guerra fué declarada. Bien sabido es su éxito. Las armas españolas triunfaban á un mismo tiempo sobre el Misisipi y en el Mediterráneo; el mar, sembrado de nuestras escuadras, los ricos convoyes que apresamos al enemigo, sus costas casi invadidas y su comercio interrumpido, Mahon reconquistada, y la inexpugnable Gibraltar temblando á la vista de los ejércitos combinados, serán trofeos memorables de nuestra superioridad en aquella guerra. España, la misma España, que yacía en el abatimiento desde la desgraciada campaña de 1763, fué mirada entonces como la primera de las potencias beligerantes. Nuestro ministerio fué el que trazó el plan, no conocido hasta aquella época en el mundo político, de una neutralidad armada entre las potencias del Norte; y en el tratado de paz, cuya conclusión aceleraron las amenazas de Madrid (1), apareció Carlos III como pacificador de la Europa. La importante isla de Menorca y las dos Floridas quedaron en nuestro poder, y FLORIDABLANCA fué respetado como el más hábil y

(1) Heredia, ministro de España en Londres, llegó á decirle al lord Shelburn, que aparentaba oponerse á ciertos artículos: «Mi lord, vuestra excelencia no sabe todavía quién son los españoles.»

el más temible de los ministros. España recobró su antigua influencia en el sistema político. El gran Federico de Prusia, que hasta entonces se había contentado con tener un ministro en Francia, para tratar los intereses relativos á la familia de Borbon, conoció la superioridad del ministerio vigoroso de España sobre el débil é incierto del gobierno francés, y con el pretexto de ajustar un tratado de comercio, envió un embajador á Madrid, para establecer relaciones directas con nuestra corte. El gabinete de Versalles conocía la misma superioridad, y la miraba con envidia y temor; bien lo manifestó la misión oculta del Duque de Vauguyon, cuyo objeto era derribar del ministerio á FLORIDABLANCA. Pero era ya pasado el tiempo en que nuestra corte temblaba ante los ministros franceses. FLORIDABLANCA lo trató con la mayor urbanidad, destruyó todos los motivos de queja entre ambos gobiernos, y le envió á Francia, convencido de que era tan imposible desconocer las superiores luces del ministro español, como derribarle de la gracia de un monarca ilustrado y hacerle perder el afecto de sus conciudadanos.

Hemos visto hasta aquí en FLORIDABLANCA el hombre público, el alma del gobierno, el restaurador de la monarquía; resta que consideremos su conducta privada, y completemos el glorioso cuadro de su ministerio con la descripción de sus virtudes domésticas. Esta parte del carácter de los héroes es más importante de lo que aparece á primera vista; porque es la que da el verdadero mérito á sus acciones públicas. El hombre se oculta entre los esplendores del trono, ó en el bullicio de los negocios, ó bajo los laureles de la victoria; y despojado de esta grandeza exterior, el monarca, el ministro ó el héroe valdrá acaso muy poco á los ojos de la filosofía. A esta razón general se añade otra, que es propia de FLORIDABLANCA. Así como la administración de Godoy formó un contraste horrible con la suya, así también lo formaron sus costumbres, y la corte y el pueblo, que por gradaciones imperceptibles se dejan siempre dirigir por el ejemplo de sus monarcas y ministros, experimentaron en la moral pública la oposición de sus caracteres.

Las costumbres de FLORIDABLANCA eran las de un verdadero español. Grave sin afectación, severo sin dureza, afable sin familiaridad, religioso sin superstición, celoso del bien de su patria, entregado enteramente á la gloriosa empresa de regenerarla, inaccesible á las seducciones del placer y del interés: hé aquí las virtudes que le granjearon el aprecio público, hé aquí las disposiciones interiores de su grande alma, cuando se sacrificó al servicio de la monarquía. Su desinterés, virtud que equivale á muchas en un ministro, está evidentemente demostrado por la constante medianía de sus riquezas, y por la precisión en que se vió de recurrir á la generosidad ajena en el momento mismo de su des-

gracia (1). Su casa pareció siempre la de un filósofo cristiano. Una mesa frugal y cuantiosas limosnas consumieron constantemente todas sus rentas. ¡Ah! comparen los españoles esta conducta decorosa y sostenida, con la infame avaricia y la desenfrenada liviandad de su sucesor; comparen el genio y las virtudes con la imbecilidad y la tiranía y todos los vicios, y derramen llanto eterno de indignación y de vergüenza por haber sufrido pacientemente tan funesta mudanza.

En fin, después de tantos años de prosperidad, precursores de otros aún más felices, volaban rápidamente sobre la España los días del infortunio, Carlos III muere, y queriendo, aún más allá del sepulcro, conservar á sus españoles la felicidad que les había dado, recomienda, al morir, á su hijo, en los términos más enérgicos, que jamás separe á FLORIDABLANCA del gobierno de la monarquía. La nación, llorosa, aplaude las últimas palabras de su rey moribundo; el nuevo Monarca recibe dócil los consejos de su padre, y FLORIDABLANCA en aquel momento doloroso vió coronados sus servicios con el premio más apreciable para un alma sublime: el testimonio de la gratitud y afecto universal. Carlos IV se entregó enteramente á sus consejos, y apenas pasó un día, en los principios de su reinado, sin que le diese nuevas pruebas de su deferencia y aprecio. Mas ningunas fueron ni más sinceras ni más públicas que cuando fué herido en las mismas salas de Aranjuez, donde después la Providencia le volvió á colocar al frente de la monarquía. Entonces llegó á su extremo la tierna solicitud del Monarca. ¡Ah! ¿por qué la docilidad de Carlos IV, de que al principio esperó tanto la nación, vino á ser la causa de nuestra ruina?

Corramos un velo sobre las vilezas y perfidias de que se valió el monstruo de la España para robar el afecto del Monarca y apoderarse del gobierno. ¿Para qué renovar los objetos de indignación y odio, que por tantos años han atormentado nuestros ánimos? ¿Para qué exacerbar las crueles heridas que ni el tiempo ni la venganza misma pueden sanar? Baste decir que pocos meses de seducción sobraron para borrar del corazón de Carlos IV la memoria de los servicios de FLORIDABLANCA, los últimos consejos de su padre y el voto universal de los pueblos. La pérdida y oculta mano que lo dirigía, calumnia y derriba al ministro, y entrega por un momento al Conde de Aranda el gobierno de la nación, para arrebatarlo después, y agitarla á su arbitrio con todo género de males.

Nunca apareció nuestro héroe más grande que en el tiempo de su persecución. Preso y desterrado á Murcia, vuelto á prender y encerrado en la ciudadela de Pamplona, últimamente enviado á con-

(1) Canosa, portero de la secretaría, tuvo que darle veinte onzas de oro para el viaje á Murcia.